

ESTADOS MULTICULTURALES Y CIUDADANOS INTERCULTURALES

Will Kymlicka

Elaborado para la presentación en el V Congreso Latinoamericano de Educación Intercultural Bilingüe (Lima, Agosto de 2002)

1. Introducción

El término “ciudadanía” se refiere generalmente a la membresía dentro de una comunidad política, y designa, por tanto, la relación entre el individuo y el Estado. Cualquier concepción de ciudadanía, por consiguiente, inevitablemente asumirá concepciones acerca de ambos polos de esta relación: ie., el individuo y el Estado. Los diferentes modelos de ciudadanía se sostienen sobre diferentes imágenes de la naturaleza del Estado, y/o sobre diferentes imágenes de la naturaleza de los individuos que pertenecen al mismo.

Una manera de explorar la idea de ciudadanía “multicultural” o “intercultural” es intentar identificar las imágenes subyacentes de Estado y de individuo. Por un lado, podemos preguntarnos sobre la multiculturalidad a nivel del Estado: ¿qué significaría para la Constitución, las instituciones y leyes del Estado ser multicultural?. Llamaré a ésta, la pregunta sobre la naturaleza del “Estado multicultural”. Por otro lado, podemos preguntarnos sobre el interculturalismo a nivel del ciudadano individual: ¿qué clase de conocimiento, creencias, virtudes, hábitos y disposiciones posee un ciudadano intercultural?. Llamaré a ésta la pregunta del “ciudadano intercultural”.

Idealmente, estos dos niveles deberían funcionar juntos en cualquier concepción de ciudadanía: debería haber una concordancia entre nuestro modelo de Estado multicultural y nuestro modelo de ciudadano intercultural. El tipo de reformas multiculturales que buscamos a nivel del Estado deberían ayudar a nutrir y reforzar formas deseadas de habilidades y conocimientos interculturales a nivel de los ciudadanos individualmente. De la misma manera, las disposiciones interculturales que alentemos al interior de los ciudadanos individuales deberían ayudar a reforzar las instituciones de un Estado multicultural.

Ese es el ideal. Mi objetivo en este texto, sin embargo, es sugerir que hay tensiones irresolubles entre estos dos niveles de análisis. Los modelos existentes de Estado multicultural no siempre encajan bien con nuestro modelo de ciudadano intercultural. Algunas reformas multiculturales a nivel del Estado reducen las necesidades o incentivos para las formas deseadas de interculturalismo al nivel de los ciudadanos individuales. De hecho, algunas reformas multiculturales del Estado se exigen precisamente para evitar la necesidad de los individuos de adquirir niveles mayores de habilidades y conocimientos interculturales. De la misma manera, algunas propuestas para promover habilidades y conocimientos interculturales en el individuo se dirigen a evitar peticiones de mayores cambios institucionales dentro del Estado.

La relación entre los Estados multiculturales y los ciudadanos interculturales es, entonces, compleja. Como intentaré mostrar, puede haber conflictos promoviendo formas deseables de interculturalismo dentro de las instituciones estatales y al interior de los ciudadanos individuales. Creo que las teorías existentes en torno a la ciudadanía intercultural todavía no han reconocido o explorado estas tensiones potenciales, o desarrollado principios que nos digan cómo reaccionar frente a ellas. Mi objetivo en este texto no es resolver estos difíciles problemas sino simplemente identificar algunos de los conflictos, y resaltar algunos de los dilemas que nos presentan para las grandes teorías en torno a la ciudadanía intercultural.

Empezaré por explorar las que creo son las principales características del Estado multicultural, y cómo éste difiere de los viejos modelos del Estado-nación homogenizante (sección 2). Después consideraré algunas de las características principales de los nuevos modelos del Estado intercultural a nivel de los ciudadanos individuales (sección 3). Por último, consideraré algunas de las posibles tensiones entre ellos (sección 4).

2. Estados multiculturales

Permítanme empezar, entonces, con la idea de un Estado multicultural. ¿Cuáles son las características que lo definen? Hay muchas definiciones y modelos de Estados multiculturales en la literatura, a menudo enlazadas a las características individuales de un país específico. Sin embargo, lo que creo que todos los modelos tienen en común, es su temprano rechazo al unitario

y homogéneo Estado-nación. Por lo tanto, para entender la idea de un Estado multicultural, necesitamos entender primero el viejo modelo del Estado-nación y por qué éste ha sido rechazado.

Hasta hace poco, la mayoría de países alrededor del mundo aspiraba a ser un Estado-nación. Bajo este modelo, el Estado era visto como la posesión de un grupo dominante nacional, que utilizaba al Estado para privilegiar su identidad, lenguaje, historia, mitos, religión, etc. y que definía al Estado como la expresión de su nacionalidad. (Este grupo dominante normalmente era el grupo de la mayoría, pero a veces una minoría podía establecer su dominación — por ejemplo, los blancos en Sudáfrica bajo el régimen del apartheid o élites criollas en algunos países de América Latina). Cualquier persona que no perteneciera a este grupo dominante estaba sujeto ya fuera a la asimilación o a la exclusión.

No hay nada “natural” con respecto a estas Naciones-estados. Muy pocos países alrededor del mundo son mono-nacionales (Islandia, Portugal y las Coreas son los ejemplos más frecuentemente citados). En la mayoría de los países, este tipo de homogeneidad nacional tuvo que ser activamente construida por el Estado, por medio de políticas de “construcción nacional” (*nation-building*) que fomentaban la identidad nacional “preferida” mientras suprimía cualquier otra identidad alternativa. Las políticas públicas se utilizaron para promover y consolidar un lenguaje nacional común, una historia y mitología nacional, héroes nacionales, símbolos nacionales, literatura nacional, un sistema educativo nacional, medios de comunicación nacionales, ejército nacional, en algunos casos una religión nacional, y así sucesivamente. Cualquier grupo que se resistiera a estas medidas nacionalistas estaba sujeto no sólo a la pérdida de poder político, también era típico que se le discriminara económicamente y fuera objeto de varias formas de “ingeniería demográfica” (presionando a los miembros del grupo para que se dispersen, y/o promoviendo colonias de miembros del grupo dominante en tierras de grupos indígenas o minorías). Estas y otras políticas apuntaban a construir el ideal de la Nación-estado.

Virtualmente cada democracia occidental ha seguido este ideal en un momento dado. Como discuto más abajo, un creciente número de democracias occidentales han abandonado este objetivo a favor de un modelo de Estado más “multicultural”. Pero virtualmente, cada democracia occidental ha buscado definirse como un Estado mono-nacional en algún punto de su historia. La

única excepción que conozco a este modelo en occidente es Suiza. Suiza nunca intentó tener un solo idioma nacional en su territorio. Siempre ha aceptado que las minorías que hablan francés- e italiano- existan como grupos lingüísticos distintos en el futuro indefinidamente. Pero cada democracia occidental, incluyendo algunas que son muy diversas, y que ahora se enorgullecen de su diversidad, como Canadá, tuvieron en algún momento la meta de inculcar un lenguaje y cultura nacional común.

Sin embargo, este modelo de Estado-nación ha sido crecientemente desafiado y disputado por todo tipo de grupos. Hay muchos grupos dentro del territorio del Estado que poseen su propio lenguaje, su propia historia, su propia cultura, sus propios héroes, sus propios símbolos. Estos grupos se enfrentan a la exclusión o la asimilación por este proceso de “construcción nacional”. Como resultado, varios grupos, particularmente indígenas y otras clases de grupos, han luchado siempre contra este esfuerzo de construir un Estado homogéneo y han sido partidarios más bien de un Estado “multicultural”.

¿Cómo sería un Estado multicultural? Los detalles precisos varían de país a país, por razones que discuto más abajo. El tipo de reformas de Estado demandadas por los afro-americanos en EEUU difiere drásticamente del tipo de reformas demandadas por los indígenas Maorí en Nueva Zelanda o por los inmigrantes chinos en Canadá. Sin embargo, hay ciertos principios que yo creo son comunes en todas estas diferentes luchas por un Estado multicultural. El primero y más importante es que un Estado multicultural implica el repudio a la vieja idea de que el Estado es posesión de un solo grupo nacional. El segundo, como consecuencia, implica que un Estado multicultural repudia las políticas de “construcción nacional” que asimilan o excluyen a los miembros de minorías o grupos no dominantes. En cambio, acepta que los individuos deberían ser capaces de acceder a las instituciones del Estado y actuar como ciudadanos iguales en la vida política sin tener que esconder o negar su identidad etnocultural. El Estado acepta la obligación de otorgar a la historia, idioma y cultura de los grupos no-dominantes el mismo reconocimiento y favores que se otorga al grupo dominante. El tercero, un Estado multicultural, reconoce la injusticia histórica que se hizo a las minorías o grupos no dominantes por las viejas políticas de asimilación y exclusión, y manifiesta su deseo de ofrecer algún tipo de remedio o rectificación frente a éstas.

Estas tres ideas interconectadas— el repudio a la idea del Estado como pertenencia del grupo dominante; el reemplazo de las políticas asimilacionistas y excluyentes por políticas de reconocimiento y adecuación¹ (*accommodation*); reconocer la injusticia histórica y ofrecer enmiendas- me parecen comunes a virtualmente todas las luchas “reales” por un multiculturalismo a nivel de Estado.

Sin embargo, estos puntos en común son a menudo minimizados por las diferencias entre los diversos modelos de Estado multicultural. La manera precisa en que los grupos minoritarios desean ser reconocidos y “adecuados” (*accommodated*), o que las injusticias históricas de las que fueron objeto sean enmendadas, varían enormemente de país a país, así como entre las diferentes minorías dentro de un mismo país.

La clase de Estado multicultural deseado por varios grupos depende, en gran parte, de las capacidades y aspiraciones de cada grupo que a su vez depende de su número y concentración territorial, y que a su vez depende de las formas y niveles de maltrato que han recibido históricamente en manos del Estado. A un lado del espectro, podemos pensar en grupos de considerable tamaño que están concentrados en un territorio histórico más o menos definido, que todavía forman una mayoría dentro de ese territorio, que han mantenido su lenguaje, y que se han gobernado a sí mismos históricamente. En tales casos, es casi inevitable que el grupo busque establecer (o más bien reestablecer) alguna forma de gobierno propio, normalmente a través de alguna forma de autonomía federal o cuasi-federal, con instituciones públicas que operan en su propio idioma. Ejemplos de esto incluirían a los quebequenses en Canadá, los catalanes y vascos en España, los flamencos en Bélgica, los puertorriqueños en Estados Unidos, las minorías francesas e italianas en Suiza, la minoría de lengua alemana en el Tirol del Sur, sólo por mencionar algunos. En todos estos casos, el cambio hacia un Estado más multicultural se forma reemplazando un Estado unitario por un Estado federal o “consociacional” (*consociational*),² reemplazando un Estado monolingüe por uno bilingüe o multilingüe, y reemplazando la idea de un Estado-nación por un Estado “multinación”. Esto puede decirse, quizás, para representar el tipo más amplio de multiculturalismo a nivel del Estado, pues representa la mayor forma de

¹ Se traduce la palabra *accommodation* por adecuación en este caso; aunque en realidad la traducción más exacta sería “acomodamiento”. Sin embargo, en el castellano esta palabra a veces tiene connotaciones peyorativas.

² Se refiere a una comunidad de socios, ie., de “consocios”.

compartir el poder entre mayorías y minorías, y la más completa de reconocimiento oficial del lenguaje y la cultura del grupo históricamente subordinado.

Al otro extremo del espectro, podemos pensar en pequeños grupos de inmigrantes recientes o refugiados que dejaron su país de origen y que no tienen un territorio histórico u hogar (*homeland*) dentro de su nuevo país, ni historia de gobierno propio. Dado su tamaño y dispersión, su autonomía territorial es poco probable. Mas aún, estos grupos son demasiado pequeños y dispersos para poder manejar sus propias instituciones públicas - por ejemplo, puede que no haya suficientes miembros para formar sus propias escuelas u hospitales. En estos casos, el cambio a un Estado más multicultural probablemente tomará la forma de lucha contra cualquier estigma o barrera que impida a los miembros del grupo integrarse totalmente a la sociedad dominante, o ser totalmente aceptados como ciudadanos iguales al resto. En muchos casos, el Estado históricamente definió la nación desde una manera exclusivamente racial o religiosa- por ejemplo, como una nación blanca/cristiana. Estas definiciones excluyentes deben ser repudiadas y desafiadas si se quiere que nuevos grupos inmigrantes o refugiados sean totalmente aceptados e integrados. Estos prejuicios históricos contra ciertas razas o religiones son a menudo explícitos en leyes que definen quién es elegible para la admisión; ciudadanía, o para una oficina pública. Reemplazar estas leyes excluyentes es el primer paso hacia un Estado multicultural. Pero también es probable que estos prejuicios estén implícitos en un rango mucho más amplio de instituciones públicas y políticas: desde la currícula escolar a la legislación para cerrar los domingos (*Sunday-closing legislation*), y a símbolos estatales. Y así, la búsqueda de un Estado más multicultural, en este contexto, probablemente deberá involucrar esfuerzos sistemáticos y a largo plazo para reexaminar todas las áreas de políticas públicas e instituciones públicas para ver si contienen prejuicios escondidos que continúen estigmatizando o dejando en desventaja a los miembros de los grupos inmigrantes. Un Estado “multicultural” puede, en este contexto, ser todavía un estado unitario — ie., puede no tener una forma explícita territorial o “consociacional” de compartir el poder entre el grupo dominante y nuevos grupos inmigrantes- y puede tener todavía un solo idioma oficial. Pero hará esfuerzos para asegurar que todas las instituciones públicas, desde las escuelas, policía, juzgados, medios de comunicación a los hospitales, combatan la discriminación, hagan espacio a la (*accommodate*)³ la diversidad, promuevan la integración, y

³ La palabra “*accommodate*” se refiere a “acomodar” la diversidad en la estructura del Estado. En esta traducción se reemplaza por diversos sinónimos como adecuar, hacer espacio, adaptar...

presenten una imagen más abierta e incluyente de la nación.

Entre estos dos casos de grupos nacionales considerables y poderosos gobernándose a sí mismos en su territorio histórico, y grupos de inmigrantes recién llegados buscando términos justos para su integración, podemos encontrar una variedad de grupos con diferentes demandas para la reforma del Estado. En algunos casos podemos encontrar grupos históricos bastante numerosos y que permanecen principalmente concentrados en su territorio histórico pero que ya no forman una mayoría ahí, tal vez como resultado de intentos deliberados del Estado de “inundar” al grupo con colonos provenientes del grupo dominante y de la negativa del Estado de respetar sus derechos históricos a la tierra. Este es el caso de muchos indígenas a lo largo de las Américas. Grupos que una vez controlaron grandes territorios, antes de la colonización europea, han sido a menudo reducidos a pequeños pueblos rodeados de europeos o mestizos. Estos grupos también han experimentado la migración cuando sus miembros se mudan a las ciudades en busca de trabajo. Así, el mismo grupo puede encontrarse tanto en las áreas rurales, en su territorio histórico, como en la diáspora de la población urbana, la que puede tener niveles fluctuantes de ida y vuelta hacia sus pueblos de origen.

Aquí, la demanda para un Estado multicultural es evidentemente más compleja. Diferentes grupos indígenas necesitan y desean diferentes formas de reconocimiento, adecuación, y rectificación. Las necesidades y aspiraciones de los inmigrantes de la diáspora urbana en términos de educación, representación política, idioma y demandas por la tierra serán obviamente diferentes a las de los que continúan viviendo en su territorio histórico. Para las poblaciones rurales lograr cierto tipo de autonomía local es probablemente una demanda mayor. Sin embargo, no hay mucho que los gobiernos locales puedan hacer. Estos gobiernos controlan las escuelas primarias, pero pueden no tener el número suficiente de recursos para manejar escuelas secundarias o universidades. Pueden tener sus propias clínicas pero no sus propios hospitales. Pueden regular el uso de la tierra localmente, pero no controlar las políticas de desarrollo económico local o proyectos de recursos naturales. Estas políticas sólo pueden ser convertidas en leyes, iniciadas y administrados en niveles más altos de gobierno. Por ello, a través de todas las Américas, vemos crecientes esfuerzos por crear estructuras de gobiernos indígenas por sobre el nivel de los pueblos locales, frecuentemente uniendo diferentes clanes / tribus / comunidades indígenas en un solo gobierno regional.

Esta es la descripción más breve de lo que significaría procurar un “Estado multicultural”. Pero incluso esta breve descripción debe dejar en claro que resulta engañoso hablar de un sólo modelo de Estado multicultural. Existen enormes variaciones en las clases de reformas de Estado demandadas, no sólo entre los diferentes países, sino también entre los diferentes tipos de grupos dentro de un mismo país (por ejemplo, inmigrantes versus indígenas), o incluso dentro del mismo tipo de grupo, debido a diferentes historias de dispersión / reubicación / recolonización (poblaciones indígenas urbanas versus rurales). Charles Taylor llama a esto “diversidad profunda” (“*deep diversity*”)(Taylor 1991), y dice que es una característica definitoria de las políticas multiculturales de reconocimiento. Un Estado genuinamente multicultural reconoce que los ciudadanos no sólo son diferentes en su idioma y cultura, sino que también son diferentes de diversas maneras, y que entonces se relacionarán con el Estado de maneras diferentes, con diferentes maneras de pertenencia multicultural al Estado. Para algunos, el multiculturalismo involucrará la reducción de las barreras hacia la integración en la sociedad de las mayorías (“*mainstream*”), para así poder relacionarse directamente con el Estado; para otros, involucrará fortalecer los poderes del autogobierno, para así relacionarse al Estado de una manera federativa o de “consociedad”, mediada por su participación en el gobierno autónomo de su propio grupo. Un “Estado multicultural” es el que se reforma a sí mismo para hacer posible varias formas de pertenencia multicultural en el Estado.

3. Ciudadanos interculturales

Éste ha sido un pequeño bosquejo del Estado multicultural, y de las constituciones, leyes y políticas que adopta para tratar con la diversidad, desde formas de compartir el poder federativas o “consociales” hasta varias formas de adecuación religiosa y etnocultural, y campañas anti-discriminación. Permítanme ahora cambiar de niveles y enfocarme en los individuos que pertenecen a este Estado multicultural. Llamo a ésta, la pregunta del “ciudadano intercultural”. ¿Qué es un ciudadano intercultural y cómo él o ella trata con la diversidad? ¿Qué tipo de hábitos, creencias y virtudes posee y usa un ciudadano intercultural cuando trata con la diversidad?

Como señalé anteriormente, es importante que nuestra concepción del ciudadano intercultural encaje con nuestro modelo de Estado multicultural. Por ejemplo, es importante que los

ciudadanos interculturales puedan y quieran crear y sostener estas nuevas formas de Estado multicultural. Un Estado multicultural no llegará a existir a no ser que tenga el apoyo de la mayoría de los ciudadanos (al menos en una democracia, donde se requiere del apoyo popular para llevar a cabo reformas políticas significativas). Esto significa, por lo menos, que un número suficiente de ciudadanos apoye los tres principios generales de un Estado multicultural que resalté anteriormente: ie., que el Estado no es posesión del grupo dominante nacional, sino que pertenece equitativamente a todos los ciudadanos; que las políticas de construcción nacional asimilacionistas y excluyentes sean reemplazadas por políticas de reconocimiento y adecuación; y que las injusticias históricas sean reconocidas. Si no hay un número suficiente de ciudadanos que apoye estos principios políticos, las reformas hacia un Estado multicultural no serán sostenibles.

Esto, a mi parecer, es el primer mínimo paso hacia el desarrollo de una concepción de ciudadanía intercultural, y este primer paso es ya, un paso difícil de tomar. Aceptar estos tres principios suele requerir una lucha contra décadas o siglos de prejuicios profundamente enraizados contra minorías y grupos no dominantes. Aquí la educación, obviamente, juega un papel muy importante- por ejemplo, enseñándole a los niños la realidad de las injusticias históricas, y explorando por qué las ideologías tempranas de nacionalidad son ilegítimas.

Mucho se ha escrito sobre el tipo de educación que se requiere para inculcar estos principios políticos en el Estado multicultural. Sin embargo, es mi propósito en esta ponencia, enfocarme en que más es lo que se requiere o se desea en nuestra concepción de ciudadano intercultural. Después de todo, es importante notar que el ciudadano individual puede aceptar totalmente el compromiso político con un Estado multicultural sin poseer un nivel muy alto de habilidades intelectuales. Ellos pueden aceptar que el Estado debe ser reformado para adecuarse a la diversidad (ya que pertenece a todos los ciudadanos, no solo al grupo dominante), sin creer que ellos, como individuos, deberían aprender cómo tratar mejor con la diversidad en sus propias vidas, o que deberían aprender más de la cultura, tradiciones e identidades de las personas con quienes comparten el Estado. Ellos pueden apoyar la idea de que el Estado debería reformarse a sí mismo yendo de una nación-estado unitaria, monolingüe, homogénea a un Estado multinacional y multilingüe más federal o consociacional. Aún así, pueden no aceptar que ellos como individuos tienen alguna obligación de convertirse en más interculturales en sus propias

vidas.

De hecho, en algunos casos, el resultado de las reformas multiculturales a nivel del Estado, pueden servir realmente para reducir la necesidad e incentivar las habilidades y conocimientos interculturales a nivel individual. Consideremos el estatus de minorías que se gobiernan a sí mismas en Estados multinacionales federales como los flamencos en Bélgica, los quebequenses en Canadá, o los franceses en Suiza, o en territorios que se gobiernan a sí mismos como Puerto Rico o Tirol del Sur. En estos casos, el repudio a los viejos modelos de nación-estado unitarios ha hecho posible que estas minorías vivan más completamente en sus propias instituciones actuando dentro de su propio idioma. En el pasado, estas minorías solían enfrentar mucha presión económica, política y social para participar en las instituciones en el idioma dominante. Por ejemplo, todos los juzgados, las universidades o legislaturas, sólo operaban en el leguaje mayoritario. Sin embargo ahora, como resultado de la idea de un Estado multicultural que le pertenece a todos los ciudadanos, estas minorías han podido construir una larga serie de instituciones públicas en su propio idioma, para poder acceder a toda la gama de oportunidades económicas, educacionales, legales y políticas sin tener que aprender el idioma dominante, o sin tener que participar en las instituciones que son principalmente conducidas por miembros del grupo dominante. En efecto, esta suerte de “federaciones multinacionales” permite a las minorías crear “sociedades paralelas”, que coexisten con la sociedad dominante, sin que sea necesaria mucha interacción entre ellas.

La interacción de estas sociedades paralelas puede ser realmente mínima. Las sociedades que hablan francés y las que hablan inglés en Canadá, han sido muchas veces descritas como “dos soledades”, lo cual creo, es una descripción precisa. Francoparlantes y angloparlantes en Canadá leen diferentes periódicos, escuchan diferentes programas de radio, ven diferentes programas de televisión, leen diferentes literaturas. Más aún, están generalmente poco interesados en las respectivas culturas del otro. Pocos angloparlantes canadienses tienen algún deseo de aprender sobre el desarrollo de la cultura interna dentro de la Canadá de habla francesa y viceversa. Los anglófonos no están muy interesados en leer autores francófonos (ni siquiera en traducciones) o en conocer quiénes son las nuevas estrellas o intelectuales dentro de Quebec (y viceversa)

Esta suerte de sociedades paralelas/de dos soledades también existe en Bélgica entre los grupos que hablan flamenco y los que hablan francés. También existe en Suiza entre los que hablan alemán, los que hablan francés y los que hablan italiano. De hecho, Suiza se describe como un país compuesto de tres grupos que “se paran con la espalda hacia los otros”(Steiner 2001:145). Los franco-suizos miran hacia Francia, los ítalo-suizos hacia Italia y los germano-suizos hacia Alemania, cada uno enfocado en su vida cultural interna y en la cultura del país vecino con el cual comparten el idioma. La mayoría de los miembros de las tres partes aceptan el principio de que Suiza debe ser un país multilingüe que reconoce y comparte el poder entre sus grupos constituyentes. Pero poca gente tiene el interés de aprender o interactuar con los otros grupos.

Esta suerte de coexistencia paralela crea una paradoja interesante. En efecto, tenemos Estados multiculturales poblados por ciudadanos que tienen niveles mínimos de interacción o conocimiento intercultural entre ellos. Y esto genera una pregunta interesante sobre cómo debemos evaluar estos modelos de federaciones interculturales. Desde un punto de vista, éstas son un gran éxito. Están entre los países más pacíficos, democráticos y prósperos en el mundo. Han aprendido cómo resolver los conflictos entre diferentes grupos lingüísticos y nacionales de una manera completamente pacífica y democrática. La ausencia de violencia política es realmente extraordinaria cuando uno recuerda que los conflictos nacionalistas han destruido imperios coloniales, los sistemas comunistas en Europa del Este y han sido una fuente de violencia alrededor del mundo. En contraste, estas multinaciones democráticas están resolviendo sus conflictos no sólo de una manera pacífica y democrática, sino también respetando completamente los derechos humanos, incluyendo derechos políticos y civiles. En pocas palabras, en términos de paz, democracia, derechos humanos, libertad individual y prosperidad económica, yo diría que estas multinaciones federales han sido muy exitosas. De hecho, he dicho en alguna ocasión que éstas proveen el modelo más factible para adaptar fuertes formas de nacionalismo de minorías en otras partes del mundo, como Europa del Este (Kymlicka y Opalski 2001)

Pero a la vez, desde otro punto de vista, se debe reconocer que estos países también pueden ser vistos como fracasos, o por lo menos como una desilusión. En particular, la experiencia vivida en relaciones inter-grupales es difícilmente un modelo de intercambio intercultural robusto o constructivo. En el mejor de los casos, la mayoría de los ciudadanos son ignorantes e indiferentes a la vida interna de los otros grupos. En el peor de los casos, las relaciones entre diferentes

grupos están empañadas por sentimientos de resentimiento y molestia, los cuales son exacerbados por el proceso aparentemente interminable de reformar las instituciones públicas. A pesar de las significativas reformas de las instituciones del Estado, las minorías sienten sin excepción que todavía no se ha renunciado totalmente a la antigua ideología del Estado-nación homogéneo, y que los miembros del grupo dominante no han aceptado completamente el principio de un Estado multicultural (o por lo menos sus implicaciones). En contraste, los miembros del grupo dominante generalmente sienten que los miembros de un grupo minoritario son ingratos con respecto a los cambios hechos, poco razonables en sus expectativas e imposibles de satisfacer. Como resultado, las relaciones entre los grupos están generalmente muy politizadas, en tanto que los miembros de los dos lados son demasiado sensibles en percibir desaires, indignaciones y malentendidos. Como resultado de esto, mucha gente evita el contacto entre los grupos, si es posible, o por lo menos no hacen ningún esfuerzo por acrecentar el contacto con miembros del otro grupo. Cuando el contacto se da, éste tiende a reducirse rápidamente a formas de trato o negociación más bien frías, en vez de llegar a compartir a un nivel más profundo sus culturas o discusiones en común. Y esto, a la vez, refuerza la sensación subyacente de soledad entre los grupos.

En pocas palabras, el progreso a nivel de las instituciones del Estado no ha concordado con el progreso al nivel de la experiencia vivida en las relaciones entre los grupos. El Estado se ha hecho a sí mismo accesible a todos los ciudadanos y afirma la importante contribución que cada grupo aporta a una sociedad mayor. Pero desde el punto de vista del individuo, la presencia de otros grupos rara vez se experimenta como enriquecedora. Por el contrario, el nivel de indiferencia mutua en estos países (y la reducción de las relaciones inter-étnicas a un mero negociado) es descrito como “nauseabundo” por un crítico del multiculturalismo (Bany 2001:312). El Estado se ha vuelto más justo, incluyente y adaptable, pero las relaciones entre los grupos permanecen divididas y tensas.

Esto sugiere que se puede tener un Estado multicultural robusto- uno que realmente repudie el antiguo modelo de Estado-nación homogéneo- con ciudadanos mínimamente interculturales. Por supuesto, que un Estado multicultural sólo puede sobrevivir si los ciudadanos aceptan los tres principios básicos que mencioné antes - que el Estado pertenece a todos los grupos; que las políticas de asimilación y exclusión deben ser reemplazadas por unas de reconocimiento y

adecuación; que la injusticia histórica debe ser reconocida. Pero los individuos pueden aceptar totalmente estos principios y apoyar al Estado que los encarna, sin tener ellos mismos un alto nivel de habilidades y conocimientos interculturales. Vivir en dicha federación multicultural puede requerir, de hecho, menos contacto intercultural que antes, mientras los grupos se convierten en más autosuficientes e “institucionalmente completos”.

Mucha gente encuentra esta imagen de sociedades paralelas “autosuficientes”, insatisfactoria como descripción de lo que es la ciudadanía intercultural. Puede eliminar la opresión entre los grupos, pero carece del tipo de interacción intercultural, del compartir y del aprendizaje mutuo que muchos deseamos.

Como resultado, muchos teóricos han tratado de formular una imagen más robusta de lo que un individuo intercultural es. Desde este punto de vista, un ciudadano intercultural es alguien que no sólo apoya los principios de un Estado multicultural, sino que también demuestra todo un rango de actitudes personales positivas hacia la diversidad. En particular, es alguien que es curioso, en vez de temeroso, con respecto a otras culturas y personas; alguien que está abierto a aprender de otros estilos de vida, y dispuesto a considerar cómo se ven las cosas desde el punto de vista de otra gente, en vez de asumir su perspectiva o modo de vida heredado como superior; alguien que se siente cómodo interactuando con personas de diferentes ambientes, etc.

Comúnmente se dice que este tipo de interculturalismo es crecientemente necesario debido a las fuerzas de la globalización. Hoy en día hay un nivel de interdependencia mucho más grande entre miembros de diferentes grupos. Ya ningún grupo es realmente autosuficiente. Ningún grupo es en realidad “institucionalmente completo”. Hasta el grupo más importante, con los más grandes derechos de auto-gobierno, no es autónomo, sino que está integrado a estructuras transnacionales políticas y económicas, y sujeto a fuerzas internacionales relacionadas con la economía, el medio ambiente o la seguridad. Como resultado, todo el mundo hoy en día necesita ser capaz de tratar con personas que no pertenecen a su propio grupo y deben, por lo tanto, aprender a tratar con la diversidad.

Más aún, hoy vemos altos niveles de movilidad y migración alrededor del mundo, de tal manera que la gente está cada vez más mezclada geográficamente. Los grupos que poseen poderes de

autonomía territorial significativos son propensos a confrontar a los inmigrantes provenientes de otro país o inmigrantes de otra parte del mismo país cuyos diversos contextos históricos deberían ser adecuados al interior de las instituciones del territorio autónomo; Por razones tanto de interdependencia global y migración es cada vez más difícil interactuar solamente con miembros del mismo grupo. Se necesitan habilidades interculturales inclusive para miembros de sociedades paralelas “institucionalmente completas” dentro de una federación multinacional.

Más aún, se suele decir que estas habilidades interculturales deberían ser vistas no sólo como necesidades pragmáticas, dada la realidad de la interdependencia global y de la mezcla interétnica, sino como algo intrínsecamente valioso. Ser capaces de tener una interacción positiva con miembros de otras culturas enriquece nuestras vidas: expande nuestros horizontes, provee nuevas perspectivas, y nos enseña a ser más críticos con nuestras tradiciones heredadas. Es, en pocas palabras, una parte importante del desarrollo personal. Alguien que sólo se siente cómodo con miembros de su propio grupo, y que no es capaz de o desea tratar con “otros” está llevando una vida estupidizada.

Desde este punto de vista, entonces, una parte importante de cualquier teoría sobre ciudadanía intercultural, es inculcar altos niveles de habilidades y conocimientos interculturales. Deberíamos animar a los individuos a tener la habilidad y el deseo de buscar interacciones con miembros de otros grupos, a tener curiosidad acerca del resto del mundo, y a aprender sobre los hábitos y creencias de otras gentes. De hecho, en algunas experiencias de educación para una ciudadanía intercultural, éste parece ser el objetivo principal: se enfoca menos en inculcar los principios políticos que apoyan el Estado intercultural, y más en inculcar las habilidades personales que apoyan intercambios interculturales positivos.

4. Tensiones Posibles

Hasta ahora, he descrito dos ideales: el ideal de un Estado multicultural que medianamente se adapta a la diversidad en sus leyes e instituciones públicas; y el ideal de un ciudadano intercultural que se siente cómodo al tratar con la diversidad en sus interacciones individuales. Personalmente, encuentro estas dos ideas muy atractivas, y me gustaría pensar que se refuerzan

mutuamente, y que encajan juntas en un todo “sin suturas”. Podríamos esperar, por ejemplo, que enfatizar la necesidad/deseo de habilidades interculturales individuales, ayudará a reducir la tensión en las relaciones entre los grupos dentro de muchos Estados multinación existentes. Animando mayores habilidades interculturales se podría reducir la sensación de aislamiento entre los diferentes grupos, promoviendo una mayor interacción y reduciendo el peligro de que esta interacción lleve a sentimientos de resentimiento o malentendidos. Si es así, promover una concepción más robusta de las habilidades interculturales sería una propuesta sin pierde: no sólo promovería el desarrollo individual propio, sino que ayudaría a reducir las tensiones entre los grupos en Estados multiculturales, con lo cual ayuda a sostener el tipo de reformas del Estado que se necesitan para asegurar la justicia. Sin embargo, creo que esta alegre imagen es demasiado optimista. Yo creo que hay algunas posibles tensiones entre promover un mayor multiculturalismo al nivel del Estado y promover un mayor interculturalismo a nivel del ciudadano individual. Permítanme discutir brevemente algunas de ellas.

(a) Interculturalismo Local contra Interculturalismo Cosmopolita: El primer problema, a mi parecer, es que los argumentos comunes para aumentar las habilidades y conocimientos interculturales de los individuos no nos dicen mucho sobre cuáles son los grupos de los que deberíamos aprender más. No nos dan, en particular, ninguna razón para aprender más de los grupos que viven cerca de nosotros, dentro de nuestro propio país, que de los que viven en otros países o incluso en otros continentes. Los dos pueden ser fuente de enriquecimiento, aprendizaje y mayores oportunidades. De hecho, si la meta principal del desarrollo de habilidades interculturales es el desarrollo propio individual y/o ser capaz de triunfar dentro de una economía globalizada y de instituciones políticas transnacionales, entonces puede resultar más útil aprender sobre una gran - y lejana - cultura que de una pequeña cultura vecina. Por ejemplo, aprender un lenguaje mundial como el inglés probablemente nos abrirá más oportunidades económicas y establecerá acceso a un rango más amplio de productos culturales (novelas, películas, obras de teatro), que aprender un lenguaje vecino hablado sólo por unos pocos cientos de miles de personas.

Puesto de otra manera, las personas pueden creer profundamente en el valor que tiene el aprender sobre otras gentes y culturas, y pueden buscar desarrollar y ejercitar sus habilidades interculturales, pero a pesar de eso permanecen ignorantes e indiferentes a las culturas vecinas

locales. Pueden ser genuinamente interculturales, y pueden ser genuinamente abiertos y curiosos sobre otros, pero pueden escoger ejercitar su curiosidad en culturas más distantes o lenguajes y culturas más poderosas que los lenguajes y culturas de sus conciudadanos locales.

Esto es, de hecho, precisamente lo que vemos en muchos estados multinación. Dije antes que los miembros de “sociedades paralelas” en países como Canadá, Bélgica y Suiza tienen poco interés en los otros. Pero ellos no están sólo interesados en sus propias sociedades, no están mirándose sólo a sí mismos. Por el contrario, los miembros de estas sociedades están muy interesados en el resto del mundo, y están ávidos por participar en el comercio libre, en intercambios culturales y educacionales internacionales, y en aprender idiomas extranjeros. En muchos aspectos, ellos son realmente “ciudadanos del mundo”, con gustos bastante cosmopolitas en comida, literatura, música, religión y viajes. Ellos simplemente no están interesados en el idioma y cultura de sus vecinos.

Por ejemplo, aunque Bélgica es oficialmente bilingüe, con los idiomas francés y flamenco como oficiales; los francófonos prefieren aprender inglés que flamenco, ya que prefieren entrar a la cultura global disponible a través del inglés, que aprender más de la cultura interna de sus conciudadanos flamencos. Como resultado, mientras los belgas francoparlantes se han convertido cada vez más cosmopolitas e interculturales, menos y menos de ellos saben o les importa la vida interna de la sociedad flamenca en Bélgica (y viceversa).

Vemos la misma situación en Estonia. La mayoría étnica prefiere aprender inglés antes que ruso, que es el idioma de más del 40% de su población. De la misma manera, la minoría rusa preferiría aprender antes inglés que estoniano. Cada grupo está tratando de conectarse con el resto del mundo, pero son indiferentes a la cultura e idioma de sus conciudadanos.

En pocas palabras, mucha gente parece preferir una forma de interculturalismo global, enfocado en aprender sobre distantes culturas del mundo, antes que el interculturalismo local, que se enfoca en el aprendizaje sobre grupos vecinos. Esta preferencia por formas globales sobre locales de interculturalismo, es bastante explícita en muchos países. En Alemania, por ejemplo, los programas de educación para promover el interculturalismo están explícitamente dirigidos a

entablar una interacción entre los alemanes y los ciudadanos de otros países europeos, como parte de la construcción de la Unión Europea, en vez de habilitar a los alemanes para tratar con sus (considerables) minorías locales, como los “trabajadores huéspedes” turcos (Luchtenberg 2002). Similarmente, la educación intercultural en Rusia se focaliza en enseñarle a los rusos sobre culturas mundiales más grandes, no la enseñanza sobre los idiomas y culturas de muchas minorías nacionales dentro de la misma Rusia, como es el caso de las minorías musulmanas (Froumin 2002).

Esto no nos debería realmente sorprender. Después de todo, las lenguas/culturas mundiales no son atractivas solamente por los recursos y oportunidades que proveen, sino porque generalmente hay menos tensión en el aprender o interactuar con ellas. Para la mayoría de la gente, aprender sobre una cultura distante no trae un bagaje histórico o político: uno puede simplemente disfrutar y apreciar la interacción intercultural.

En contraste, como señalé anteriormente, interactuar con los grupos vecinos está normalmente relacionado con las demandas políticas sin resolver y miedos y resentimientos antiguos. El interculturalismo local casi siempre crea más ansiedad y tensión que el interculturalismo global, particularmente en contextos con una larga historia de maltratos y desconfianza entre los grupos. En tales contextos, incluso intentos bien intencionados del grupo dominante por interactuar con miembros del grupo históricamente oprimido, pueden ser vistos con suspicacia. No es para sorprenderse entonces, que mucha gente que es verdaderamente abierta y curiosa sobre otras culturas, y que aprecian la oportunidad de un intercambio intercultural, prefieren, sin embargo, el interculturalismo global al interculturalismo local.

Esto sugiere una divergencia potencial entre las metas de inculcar habilidades interculturales en los ciudadanos y en apoyar el Estado multicultural. Los argumentos, comunes a favor de las habilidades interculturales, basadas en el desarrollo propio y en las dinámicas de la globalización, se aplican igualmente al aprendizaje sobre culturas locales y distantes. De acuerdo con algunos comentaristas, el resultado natural o lógico de perseguir el ideal del ciudadano intercultural es, de hecho, una forma de cosmopolitismo que explícitamente ve el mundo como un todo, en vez de verlo como grupos pequeños, como el enfoque apropiado del aprendizaje e intercambio intercultural (Fullinwider 2001). Las concepciones comunes del ciudadano intercultural, en

pocas palabras, parece privilegiar el interculturalismo global por sobre el interculturalismo local.

En contraste, el objetivo principal de construir un Estado multicultural sostenible requiere que los ciudadanos privilegien el interculturalismo local por sobre el interculturalismo global. El reto real de la ciudadanía intercultural es aprender cómo interactuar de una manera constructiva con los grupos vecinos, y tratar de vencer el legado de desconfianza y opresión que comúnmente tensa las relaciones entre los grupos. Y el motivo para esto, a mi parecer, no puede ser solamente el desarrollo propio y el enriquecimiento personal. Estos motivos, por si mismos, probablemente se dirigirán al interculturalismo global. La disposición de los ciudadanos a comprometerse en formas de interculturalismo local debe estar más bien centrada, al menos en parte, en consideraciones de justicia. Si queremos promover el interculturalismo local, sospecho que debemos atarlo a consideraciones de justicia. Necesitamos mostrar cómo el interculturalismo local juega un papel importante en sostener las justas instituciones de un Estado multicultural, y que es algo que tenemos el deber de intentar, incluso aunque no lo encontremos personalmente enriquecedor (y que se pueda encontrar doloroso y agotador). El tipo de intercambio intercultural que lleva a un enriquecimiento personal no es necesariamente el mismo que lleva al apoyo de instituciones justas. Yo no creo que hayamos pensado realmente sobre esta posible tensión.

(b) Interculturalismo y Aislacionismo: Hasta ahora, he asumido que todos estamos de acuerdo con que la apertura a otras gentes y culturas es una virtud que los ciudadanos deberían poseer, incluso si no estamos de acuerdo con respecto a si esta apertura debiese estar dirigida principalmente hacia lo local o lo global. Pero hay un segundo problema con la idea de que los ciudadanos deberían poseer habilidades y conocimientos interculturales robustos: hay algunos grupos que rechazan la idea subyacente de que el intercambio intercultural lleva a un crecimiento y enriquecimiento personal. En particular, algunos grupos religiosos conservadores ven la interacción intercultural (global o local) como una amenaza a su estilo de vida, que puede deberse a algún grado de autoaislamiento. Ellos pueden ver a la sociedad, en mayúsculas, como una influencia corruptora que probablemente descarriará a los miembros de su comunidad. Esta es, particularmente, una preocupación con respecto a sus niños; muchos de estos grupos objetarán con fuerza la idea de que sus niños deberían interactuar con niños de la sociedad en general. Como resultado, ellos tratan de establecer escuelas religiosas separadas, y comúnmente buscan fondos públicos para hacerlo. Donde estas escuelas separadas no son posibles (porque los

miembros del grupo son muy pocos o están muy dispersos), ellos pueden más bien buscar permiso para enseñarle a sus niños en casa o para sacarlos de la escuela antes de la edad obligatoria de educación.

Estos grupos rechazan el ideal de un ciudadano intercultural. Aunque es interesante notar que ellos pueden no rechazar la idea de un Estado multicultural. Por el contrario, muchos de ellos demandan escuelas religiosas separadas apelando precisamente a los principios de un Estado multicultural. En el contexto canadiense, por ejemplo, las escuelas públicas del siglo diecinueve eran históricamente definidas como protestantes. Para acomodar inmigrantes católicos, particularmente desde Irlanda, se construyó un sistema separado de escuelas católicas con fondos públicos en muchas provincias. Hoy en día, las escuelas públicas son completamente seculares, y muchos canadiense no encuentran razón para dar fondos públicos para escuelas religiosas de los nuevos inmigrantes (como musulmanes e hinduistas del sur de Asia). A diferencia de los católicos del siglo diecinueve, las minorías religiosas de hoy no están excluidas o estigmatizadas dentro del sistema (secularizado) de escuelas públicas. Sin embargo, los líderes de la comunidad musulmana sostienen, no sin razón, que si los católicos tienen escuelas públicas católicas separadas, ellos también deberían tenerlas. De hecho, ellos sostienen que el principio de una justicia multicultural en las instituciones del Estado requiere que a ellos también les den fondos públicos para escuelas públicas separadas.

Aquí de nuevo, tenemos un conflicto potencial entre los ideales de un Estado multicultural y los del ciudadano intercultural. Estos grupos religiosos conservadores huyen de la interacción intercultural al mismo tiempo que apoyan los principios de un Estado multicultural. Ellos no buscan imponer su religión o cultura a los extraños, ni alegan que el Estado les pertenece. Ellos buscan solamente que el Estado les dé a ellos el mismo “acomodamiento” que le ha dado históricamente a otros grupos, incluyendo otras religiones o minorías étnicas. Desde la perspectiva de la justicia del Estado multicultural, es difícil contestar a sus reclamos. Sin embargo, desde la perspectiva de la promoción de mayores habilidades interculturales entre los ciudadanos, la proliferación de escuelas religiosas separadas es lamentable, particularmente cuando van a ser controladas por líderes religiosos conservadores que predicán que su grupo es el elegido, que la gente fuera de su iglesia es mala y está maldita, que el matrimonio entre diferentes religiones es un pecado, etc. Este tipo de escuelas pueden, de hecho, generar precisamente el tipo

de miedo a “lo otro” que nuestras concepciones de ciudadanía intercultural estaban tratando de vencer. Muchos de nosotros nos preocupamos porque se reprimirán seriamente las oportunidades y desarrollo personal de los niños.

Este es otro punto de tensión que yo no creo que hayamos resuelto apropiadamente. El tipo de escuelas que requieren las normas de desarrollo personal intercultural, puede no ser el mismo que requieren las normas de justicia multicultural.

(c) Interculturalismo y Tokenismo⁴ (“*tokenism*”): Finalmente, déjenme traer una última tensión posible. Asumamos que hemos resuelto los dos primeros problemas, y que todos están de acuerdo en la importancia de promover habilidades y conocimientos interculturales, y que esto debería incluir conocimientos sobre la interacción con grupos locales, y no sólo distantes. Nos enfrentamos a un problema más: ¿qué tipo de conocimientos deberíamos de estar buscando sobre otras personas y culturas?

Cuando la idea de educación multicultural fue articulada por primera vez en el mundo angloamericano, a finales de los setentas y los ochentas, el enfoque tendía a dirigirse a la enseñanza de los aspectos más exóticos y coloridos de otras culturas, particularmente sus festividades tradicionales, costumbres, danzas y comida. Esto fue conocido en Inglaterra como el modelo de multiculturalismo “*saris, samosas and steelbands*” (Alibhai-Brown; 2000:17). Se les enseñaba a los niños que los inmigrantes visten ropa diferente (*saris*), comen comida diferente (*samosas*) y disfrutan de música diferente (*steelbands*). No es necesario decir que esto fue rápidamente criticado por trivializar y despolitizar las culturas e identidades de los inmigrantes. Otros han llamado a esto como la “comodificación” (*commodification*) o Disneyficación de la cultura: la reducción de una cultura compleja a unos pocos items “seguros” que pueden ser fácilmente entendidos y “consumidos” por no-miembros, sin entender realmente la profundidad de las creencias, esperanzas, lealtades, miedos e identidades de una cultura. Evitaba la necesidad de confrontar la realidad de que los miembros de diferentes grupos no sólo comen y se visten diferente, sino que también pueden tener visiones fundamentalmente diferentes y rivales sobre

⁴ Hemos castellanizado la palabra porque la traducción clásica “formulismo”, no refleja totalmente el concepto que se refiere más bien a una práctica o política de demostrar a través de un signo una parte de algo, como si fuera un todo, tratando de demostrar un hecho superficialmente, con un detalle o un signo que no es un símbolo. En el texto puede interpretarse como simplificación.

Dios, la familia, el Estado, la tierra, la sociedad, y de nuestras obligaciones morales y políticas básicas. Y sin embargo, son precisamente estas diferencias culturales fundamentales las que necesitan ser negociadas en una sociedad multicultural.

Por supuesto, los defensores de la educación intercultural hoy son muy conscientes de este peligro, y de enfatizar la necesidad de un entendimiento, diálogo y aprecio más profundos entre los miembros de grupos diferentes. Pero rápidamente nos encontramos con el problema opuesto. Si modelos más tempranos del entendimiento intercultural eran “tokenistas” y no demandantes, los modelos más recientes son utópicos y demasiado demandantes. Para tomar sólo un ejemplo, en nombre de promover el multiculturalismo en Bosnia, la comunidad internacional ha auspiciado varios seminarios inter-religiosos que quieren enseñar a los serbios sobre la religión musulmana, y a los bosnios sobre la religión ortodoxa. Se esperaba que con un mayor conocimiento sobre sus creencias religiosas más profundas, cada grupo pudiera respetarse y apreciarse mutuamente más.

Reportes preliminares sugieren que este ejercicio no está teniendo el efecto deseado, y creo que no nos debería sorprender. Después de todo, unos cuantos seminarios no son suficiente para proveer un “entendimiento” real de algo tan complejo como el Islam o el Cristianismo. Mas aún, “entendimiento” no es garantía de “aprecio” o “respeto”. Por el contrario, donde la gente tiene creencias más profundamente arraigadas sobre la fe, descubrir que otra gente tiene visiones muy diferentes puede simplemente reforzar la creencia de que están “descarriados” y/o corruptos.

Me parece que dichos modelos de educación intercultural a menudo no dan en el blanco. Lo importante no es que entendamos o apreciemos el contenido de las creencias más profundamente arraigadas, sino que entendamos y apreciemos el hecho de que ellos tienen creencias profundamente arraigadas que difieren de las nuestras. Y donde hay dichas diferencias, el Estado no puede ser visto como “perteneciente” a un grupo particular sino que debe tratar de estar repartido equitativamente entre todos los grupos.

Esta, de todos modos, es la manera como yo explicaría la base de la tolerancia religiosa en las democracias occidentales. La base para la tolerancia no es ningún tipo de entendimiento profundo de la naturaleza de otras religiones. Los protestantes no tienen un entendimiento profundo de los

principios del Catolicismo, menos aún del Islam o el Hinduismo (y viceversa). Y si los protestantes de alguna manera adquirieran un entendimiento más profundo de los principios de otras religiones, dudo que esto incrementaría su aprecio por ellas. Yo creo que la base de la tolerancia religiosa es muy diferente. Los protestantes reconocen que los católicos y los musulmanes tienen creencias religiosas muy arraigadas y que éstas son tan importantes para ellos como para los protestantes las suyas. La naturaleza exacta de estas diferentes creencias no está bien entendido, pero eso no es importante. Lo que importa es que reconozcamos que tenemos diferentes creencias muy arraigadas, y que estemos de acuerdo en que el Estado no le pertenece a ningún grupo religioso. Como resultado, necesitamos encontrar maneras de vivir y gobernar juntos que no dependan del hecho que todos acepten las mismas creencias religiosas. En otras palabras, necesitamos un entendimiento común sobre la naturaleza del Estado como una institución secular que no pertenece a ningún grupo religioso. No necesitamos un entendimiento común de las creencias religiosas de los otros grupos.

Creo que lo mismo se aplica a las diferentes visiones sobre la naturaleza de la tierra entre los indígenas y los colonos europeos en las Américas. No es realista, creo, esperar que los colonos europeos tengan un entendimiento profundo del significado de la tierra dentro de las culturas indígenas, más de lo que los indígenas entienden de las visiones europeas sobre el mundo natural. Incluso cuando parece que tenemos momentos de entendimiento mutuo, éste a menudo desaparece rápidamente, mientras que los puntos aparentes de contacto se disuelven bajo el peso de las diferencias culturales más profundas.

Por ejemplo, muchos ambientalistas en Canadá pensaban que entendían y compartían muchas de las creencias que los aborígenes de Canadá tienen sobre la tierra, y por esta razón ambos grupos trabajaron efectivamente para bloquear ciertos desarrollos hidroeléctricos. Pero esta coalición se rompió rápida (y amargamente) cuando luego los aborígenes usaron sus poderes a través de sus gobiernos propios para promover proyectos hidroeléctricos similares. Las aparentes similitudes en los puntos de vista ocultan diferencias profundas sobre fines y medios (Feit 1980). Aquí, de nuevo, lo que importa no es que entendamos completamente el punto de vista del otro sobre la tierra, sino simplemente que reconozcamos que los grupos tienen diferencias muy arraigadas en sus puntos de vista, y que ningún grupo puede pedir o esperar que el Estado actúe solo desde la visión de ellos.

La idea de que grupos culturalmente distintos pueden volverse transparentes los unos a los otros es un mito, y un mito peligroso, en la medida en que anima a los miembros del grupo dominante a pensar que han logrado entender a los grupos no dominantes, y por lo tanto pueden hablar por ellos. Deberíamos aceptar más bien que las culturas (e individuos) están siempre - al menos parcialmente - ocultas unas a otras. Este es, de hecho, uno de los argumentos principales a favor del gobierno propio u otras formas de compartir el poder. El gobierno propio es necesario precisamente porque es muy difícil, si no imposible, tener un entendimiento completo o aprecio por otras culturas.

Puesto de otra manera, creo que sería un error suponer que un entendimiento mutuo es un prerrequisito para que los ciudadanos apoyen los principios de un Estado multicultural. Podría ser, de hecho, al revés. Yo creo que el reconocimiento de la imposibilidad de alcanzar un entendimiento mutuo total ayuda a generar el apoyo para los principios del Estado multicultural, cuyas instituciones operan para reducir la necesidad para dicho entendimiento mutuo (desde el nuevo poder de los indígenas para hablar y gobernarse así mismos).

Por supuesto, incluso con derechos a un gobierno propio, los indígenas y el resto de la sociedad deben todavía hablarse los unos con los otros, cooperar en varias instituciones y negociar varias formas de acciones colectivas. Pero bajo condiciones de diversidad profunda, creo que estas discusiones serán a menudo materia de trato y negociación de genuina deliberación compartida o entendimiento mutuo. Y como lo mencioné antes, esto es de hecho lo que vemos emerger en varias naciones multi-Estado como Bélgica, donde las relaciones entre flamencos y “*walloons*” son descritas como un poco más que frías formas de negocio. Yo sugiero que las relaciones entre aborígenes y el resto de la sociedad en Canadá son similares.

En otras palabras, los limitados niveles de intercambio y entendimiento intercultural que vemos en algunos Estados multinación eran tal vez lo esperado. Si aceptamos que el entendimiento mutuo es difícil de alcanzar, particularmente en el contexto de diferencias culturales profundas e historias de desconfianza, entonces el objetivo de una educación intercultural no debería ser un entendimiento mutuo profundo, sino más bien el reconocimiento de la “opacidad” (parcial) de las diferencias culturales, y de la necesidad de los grupos de hablar y gobernarse a sí mismos, y la necesidad de encontrar maneras de coexistir que puedan ser aceptadas por todos. Esto, creo, es

una meta más realista que se encuentra en medio de la enseñanza “tokenista” de diferencias culturales superficiales, y la utópica búsqueda por entender diferencias culturales profundas. Aquí, de nuevo, la búsqueda por una forma particular de conocimiento cultural (profundo), enraizado en un modelo del ciudadano intercultural ideal, podría ir más allá, y tal vez incluso conflictuarse con el tipo de relaciones interculturales requeridas por un Estado multicultural justo.

5. Conclusión

En esta ponencia, he tratado de sugerir que nuestro ideal de ciudadano intercultural, con niveles robustos de habilidades y conocimientos interculturales, no encaja limpia o simplemente con nuestro ideal de un Estado multicultural que trata justamente con la diversidad etnocultural. El ideal de desarrollo propio personal, subyacente a lo primero, no siempre concuerda bien con los principios de justicia política subyacente a lo último.

En particular, he levantado tres posibles áreas de tensión entre las dos: (a) que el ciudadano intercultural puede preferir el interculturalismo global, mientras que la justicia multicultural requiere enfocarse en el interculturalismo local; (b) que el modelo de ciudadano intercultural requiere un nivel de intercambio intercultural que injustamente puede cargar con grupos aislacionistas; y (c) que el modelo de ciudadano intercultural requiere un nivel de entendimiento mutuo que es o “tokenista” (si se enfoca en diferencias culturales superficiales) o utópico (si se enfoca en diferencias culturales profundas), mientras que la justicia requiere reconocerlos límites del entendimiento mutuo y aceptar la opacidad parcial de nuestras diferencias.

Creo que los tres conflictos traen problemas difíciles en la teoría y la práctica del ciudadano intercultural. No he tratado de dar una respuesta definitiva a ninguno de estos tres conflictos, simplemente he tratado de aclarar la fuente de la tensión. Sin embargo, mi propia inclinación es estar de acuerdo con Rawls en que “la justicia es la primera virtud de las instituciones sociales”. Sin embargo, es valioso para los individuos adquirir diferentes formas de habilidades y conocimientos interculturales, deberíamos asegurar que la promoción del interculturalismo individual no socava la justicia de las instituciones del Estado multicultural. Y, por lo menos en algunos casos, esto puede requerir templar nuestra promoción del interculturalismo individual

con el reconocimiento de nuestras obligaciones especiales a grupos locales (en vez de distantes), con la adecuación de peticiones de grupos aislacionistas, y con el reconocimiento de la opacidad parcial de diferencias culturales profundas.

REFERENCIAS

Alibhai-Brown, Yasmin (2000) *After Multiculturalism* (Foreign Policy Centre, London).

Barry, Brian (2001) *Culture and Equality: An Egalitarian Critique of Multiculturalism* (Polity, Cambridge).

Favell, Adrian (2001) *Philosophies of Integration: Integration and the Idea of Citizenship in France and Britain*, second edition (St. Martin's Press, London).

Feit, Harvey (1980) "Negotiating Recognition of Aboriginal Rights", *Canadian Review of Anthropology* 1/2: 255-78.

Froumin, Isak (2002) "Citizenship Education and Ethnic Issues in Russia", Preparado para la conferencia de "Ethnic Diversity and Citizenship Education in Multicultural Nation States", organizada por el Center for Multicultural Education, University of Washington, Julio 2002.

Fullinwider, Robert (2001) "Multicultural Education and Cosmopolitan Citizenship", *International Journal of Educational Research* Vol. 35: 331-43.

Gagnon, Alain and James Tully (ed) (2001) *Multinational Democracies* (Cambridge University Press, Cambridge).

Keating, Michael and James McGarry (ed) (2001) *Minority Nationalism and the Changing International Order* (Oxford University Press, Oxford).

Kymlicka, Will (2001) *Politics in the Vernacular: Nationalism, Multiculturalism, Citizenship*

(Oxford University Press, Oxford). *Habr  una traducci n al espa ol pr ximamente, editada por Paid s, Barcelona.*

Kymlicka, Will and Magda Opalski (2001) *Can Liberal Pluralism be Exported? Western Political Theory and Ethnic Relations in Eastern Europe* (Oxford University Press, Oxford).

Luchtenberg, Sigrid (2002) "Ethnic Diversity and Citizenship Education in Germany", preparado para la conferencia de "Ethnic Diversity and Citizenship Education in Multicultural Nation States", organizada por el Center for Multicultural Education, University of Washington, Julio 2002.

Miscevic, Nenad (1999) "Close Strangers: Nationalism, Proximity and Cosmopolitanism", *Studies in East European Thought* 51: 109-25.

Requejo, Ferran (ed) (2002) *Democracia y Pluralismo Nacional* (Ariel, Barcelona).

Steiner, Jurg (2001) "Switzerland and the European Union: A Puzzle", en Keating and McGarry (2001), pp. 137-54.

Taylor, Charles (1991) "Shared and Divergent Values", en Ronald Watts and Douglas Brown (eds) *Options for a New Canada* (University of Toronto Press, Toronto), pp. 53-76.